

EL MOSAICO.

TRIMESTRE 1.º

BOGOTA, 24 DE DICIEMBRE DE 1858.

NÚMERO 4.º

EL MOSAICO.

Al colocar la primera piedrezuela en el MOSAICO literario que, guiados de un sentimiento puro, vamos a formar desde hoy, mas de un triste pensamiento viene a detener nuestra mano. El siglo del egoismo i del oro, el siglo de las pesas i las cifras no es por ventura un abismo inmenso que absorbe i devora sin cesar i para siempre esas hojas fugaces que llevan en su seno los pensamientos del jénio, los sentimientos de mil corazones jenerosos? I nosotros, soldados mas que débiles de la gloriosa multitud que lucha en todo el globo por ensalzar el pensamiento humano, por establecer en todo él la aristocracia de la virtud i el talento, ¿no tendremos que retroceder al comenzar apenas el camino? ¿Cuántos centenares de periódicos han aparecido entre nosotros en estos últimos años, cuya vida ha tenido que medirse por instantes! I sin embargo algunos de ellos habian comenzado a derramar desde su aparicion luz i flores que auguraban hojas dignas de brillar en la diadema de nuestra patria. Pero el viento de la indiferencia ha apagado esa luz, el espíritu de *positivismo* ha desgarrado esas flores. No importa; si nadie segundare nuestros esfuerzos, si la indiferencia les arroja su aliento de muerte, conservaremos al menos la dulce satisfaccion de haber abierto un campo donde brillen los talentos tan privilegiados de la bella juventud que hoy se levanta.

A los que miran con tan rejio desde las publicaciones literarias, talvez porque de ellas no ven desprenderse monedas que vayan a repletar sus gavetas, seria mejor dejarlos en su precioso modo de pensar: pero no; que vengan un instante con nosotros al mapa donde se ve tendido en su inmenso lecho de aguas el continente de América. Hai en él una tierra que por su situacion jeográfica está llamada a ocupar un puesto muy elevado entre las naciones, que muy pronto tal vez será teatro de crímenes i sangre; pero que despues será un foco de riqueza i civilizacion. Esa tierra casi solitaria hoy, siente acariciadas sus despobladas riberas por las ondas tumultuosas del Atlántico, i por las quietas aguas del Pacífico, que le abren camino para todos los puntos de la tierra. En su seno se condensan i fecundan los mas ricos metales i las mas preciosas piedras; en sus bosques se elevan árboles de esquisitas maderas, en sus campos crecen visitadas tan solo por las brisas i el sol, flores de vistoso ropaje i esquisita fragancia, raices medicinales, plantas que serán algun dia tesoros para la industria del hombre. En esa tierra habitaron otro tiempo tribus numerosas de una interesantísima fisonomía social, notables por su religion, por sus costumbres, por sus adelantos. I luego se vió hollada la arena de sus playas por los soldados-peregrinos del medio-dia de la Europa que elevaron en ella la cruz del Salvador, i tomando de manos de Colon una bandera se derramaron por todo el continente, para lanzar de él a fuerza de proezas la raza indijena, dominadora antigua de tan bellas rejiones. I mas luego una jeneracion vigorosa i altiva, brotada en el mismo suelo colombiano, se levantó para vengar la antigua raza i des-

los primitivos habitantes de América se van oscureciendo dia por dia; la varonil constancia de los compañeros de Colon, los preciosos episodios de la conquista son casi de todo el mundo ignorados. I pocos son tal vez los que saben cual fué el aventurero, que blandiendo con una mano la espada, echó con la otra las primeras hojas de palma i colgó su armadura donde tres siglos despues vino a mecerse nuestra cuna. I los heroes que con su espíritu i su brazo nos dieron libertad i patria no solo duermen en ignorada fosa sin mármoles ni bronces, sino que sus hazañas existen apenas en la memoria de los contemporáneos que los han sobrevivido, de tal manera que tan preclaras figuras desaparecerán bien pronto. En una palabra, nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material i moral no solo de los extranjeros, que a causa de la ignorancia nos desprecian como a una turba de bárbaros; sino lo que es mas triste, es desconocida de sus mismos moradores.

Así, pues, en ninguna parte mas que en pueblos nacientes como el nuestro, la prensa está llamada a ejercer una alta influencia i a producir injentes resultados. La prensa debe encarrilar la opinion pública, iluminar las sociedades, inoculando en todos los individuos las ideas de una civilizacion progresiva. Ese es el objeto de los periódicos políticos i relijiosos.

A los que estamos separados de esa lucha enconosa de las pasiones públicas nos toca trabajar con ahinco por hacer conocer el suelo donde recibimos la vida, i donde seguirán viviendo nuestros hijos. A nosotros nos toca el elogio de las grandes acciones, la pintura de nuestros usos i costumbres. A nosotros nos toca tambien, aunque indirectamente, despertar esa multitud de corazones jóvenes, llenos de sávia i de vigor, que solo necesitan de una mano que los impulse para estallar en himnos inmortales, de una palestra en donde puedan recojer guirnaldas vistosisimas.

Para los que hayan tendido una mirada de simpatía sobre las columnas del MOSAICO, nuestro programa está concluido. Procuraremos complacerlos, ofreciendoles escritos en prosa i verso de escritores nacionales i de cuando en cuando artículos de los hábiles escritores de la Península.

Las cuestiones políticas i los odios personales los dejamos para mejor ocasion; por ahora publicaremos únicamente lo que se nos envíe, relacionado con la ciencias i las glorias del pais donde nacimos.

EL CORREISTA.

Tipo interesante i azas olvidado de nuestra galeria de tipos es el Correista, apesar de lo bien caracterizado que está i del gran papel que representa en nuestra existencia. Qué! ¿os sonreis ya, lector adorado? I juzgais sin mas ni mas aventurada nuestra acersion, cuando aseguremos que el correista representa un gran papel? Es porque no habeis vivido en provincia, ni os habeis apar-

La búsqueda de autonomía del campo literario El Mosaico, Bogotá, 1858-1872

GILBERTO LOAIZA CANO

*Profesor del Departamento de Historia,
Universidad del Valle*

Trabajo fotográfico: Rafael Baena

*Nunca habrá literatura
ni progreso, ni cultura,
en nuestra patria, ¡ay de mí!
pues todas mis producciones
son para cebar ratones
i envolver ajonjolí.*

Ricardo Carrasquilla,
El Mosaico, núm. 2, 1 de enero de 1859

DEL ORIGEN O CÓMO UN ESCRITOR DE RUANA VISITA A UN ESCRITOR DE LEVITA

UNA anécdota se impone como el antecedente más genuino de la fundación del periódico literario El Mosaico. Según el relato, que es un testimonio de parte, el 21 de diciembre de 1858, en Bogotá, llegó hasta el cuarto de estudio de un prestigioso escritor un hombre vestido con ruana, con “pantalones de algodón, alpargatas i camisa limpia, pero sin corbata i sin chaqueta”¹. Aquel hombre, que vestía como los “hijos del pueblo”, llevaba “unos veinte cuadernillos de papel escritos” que constituían los borradores de una novela, venía de alguna hacienda de tierra caliente y buscaba en la capital un “juez en materia literaria” que aprobara para la publicación sus manuscritos. El perplejo escritor bogotano —tenía ante sí la visión poco convencional de un hombre pobremente vestido pero instruido— debió de sentir alivio cuando notó que aquel recién llegado tenía “su piel blanca, sus manos finas, sus modales corteses, sus palabras discretas” que le anunciaban que estaba ante un “hombre educado”. El excepcional escritor de ruana estaba frente a un típico escritor de levita; el sobrio campechano que se había dedicado a escribir confinado en los lares de una hacienda iba en busca del reconocimiento de un trasegado publicista capitalino. El uno ignoraba las finas normas de etiqueta, las sutilezas formales de la apariencia que servían de pasaporte para ingresar a los círculos cortesianos de la gente de buen tono de Bogotá, y el otro era un auténtico exponente de las normas de recepción, legitimación y consagración en los exclusivos recintos letrados. El raro visitante se llamaba Eugenio Díaz Castro y sus manuscritos eran los borradores de *Manuela*; el otro era José María Vergara y Vergara, a quienes sus colegas de oficio

Página anterior:

Primer número del periódico (El Mosaico, trimestre 1, núm. 1, Bogotá, 24 de diciembre de 1858).

1. José María Vergara y Vergara, “El señor Eujenio Díaz”, en El Mosaico, Bogotá, 15 de abril de 1865, págs. 89-91.

literario —y más exactamente el escritor Ricardo Carrasquilla— lo habían señalado como la persona más adecuada para recibir al novelista provinciano.

Díaz Castro pasó el examen de legitimación ante el juez. De la revisión de su indumentaria y sus modales, Vergara y Vergara siguió con las letras de la novela y la vida del autor. “Dijimos que se le disculparían las faltas de su estilo desde que conociera su vida”², había advertido el examinador. Y como el humilde autor de *Manuela* no había conocido maestros distintos de la disciplina y de la intuición, entonces Vergara y Vergara declaró que le perdonaba al silvestre escritor todas las faltas que había cometido contra la *Forma*, “la diosa de este siglo literario”³. Además, el juez se permitía fijarle el camino de su rehabilitación en asuntos de estilo; le parecía conveniente que se uniera en adelante a las reuniones de la sociedad de literatos de Bogotá: “ligado íntimamente con los mui estimables escritores Carrasquilla i Borda, estimado por nuestros literatos renombrados los señores Ortiz, i animado sin cesar por la obligante i bondadosa cortesía con que el señor J. Arboleda lo distingue, el señor Díaz irá bien lejos”⁴. Los escritores de la ciudad se iban a encargar, por tanto, de *civilizar* al rústico escritor que se había dedicado a relatar las costumbres del campo.

La aceptación del nuevo miembro de la sociedad de literatos de Bogotá parecía responder a un procedimiento más o menos establecido en la época. En aquellos años era notoria la preocupación por la finura en los modales y en los ademanes de representación pública que servían como mecanismos de expansión de determinados gustos estéticos y de distinción de estatus. Los individuos de “honrosa posición social” se distinguían y se distanciaban de las gentes de la plebe por sus buenas maneras, por sus preferencias en el consumo estético de determinados objetos. Ya se había impuesto, por ejemplo, entre la elite de los degustadores de las sutilezas musicales, el exclusivismo de asistir a las funciones de la Sociedad Filarmónica vestidos de frac, corbata y guante blanco, según recuerda en sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* José María Cordovez Moure, y ya formaban parte de los comentarios públicos las cifras de todo lo que se consumía improductivamente en “trajes de baile para cien parejas (cálculo bajo), en joyas, bufandas y capas perdidas” durante aquellas reuniones de “jente de moda, elegante o *de real*”⁵. Eran tiempos de miseria, como lo testimonió en un ensayo conocido Miguel Samper, pero también de derroches estrafalarios. Por esos días se recibía por primera vez en Bogotá la visita de una compañía de ópera y con ella se inauguró la costumbre de gratificar a los artistas lanzando ramilletes de flores al escenario. Se divulgaban también un *Código del buen tono*, cuya versión original francesa se titulaba *Manuel du savoir vivre*, y desde un año antes se leían con fruición los recatados consejos de un *Código del amor*. El incipiente campo literario parecía haber establecido en ese entonces algunos procedimientos de selección, recepción y consagración, tenía algo de un pequeño mundo aparte con sus propias leyes, con sus propias aspiraciones, con sus oficiantes más o menos definidos, con sus mentores más o menos establecidos y, como insinúa la anécdota, con sus autoridades. Incluso los pasos consiguientes de la entrevista en mientes —querer fundar un periódico y buscar al impresor adecuado— parecen circunscritos a unas costumbres ya establecidas, a un vínculo rutinario de la literatura con el periodismo y a un conocimiento del mercado de lectores que podía consumir con alguna naturalidad lo que traía entre manos el señor Eugenio Díaz.

El círculo de escritores bogotanos más cercano a la fundación de El Mosaico tenía ostensibles vínculos con las toldas conservadoras, católicas y filohispánicas; más aún, algunos de ellos no ocultaron ser una especie de representantes laicos del jesuitismo. Repartidores sistemáticos de lo que ellos estimaban decente y de buen gusto, tenían antecedentes de trasegados polígrafos: escritores de textos escolares, de cua-

2. José María Vergara y Vergara, prólogo a la novela *Manuela*, en *El Mosaico*, Bogotá, núm. 2, 1 de enero de 1859, pág. 16.

3. *Ibíd.* Así, con mayúscula y en cursiva, aparece la palabra *Forma* en el prólogo de Vergara.

4. *Ibíd.*

5. En “Revista”, Biblioteca de Señoritas, Bogotá, núm. 22, 29 de mayo de 1858, pág. 173.

dro de costumbres, de poesía didáctica y satírica, fundadores de periódicos y ocasionales redactores de leyes, constituciones o manuales de gramática. También habían frecuentado empleos del Estado y no ignoraban el recurso de las armas a la hora de las guerras civiles. José Joaquín Borda (1835-1878), compañero de infancia y de estudios de Vergara, publicó en 1867 una *Historia de la Compañía de Jesús*; José Manuel Marroquín (1827-1908), quien después sería presidente del país, durante la vida del periódico escribió para los estudiantes de su colegio en Bogotá un tratado de ortografía que conoció varias ediciones; José María Vergara y Vergara (1831-1872), a cuya existencia estuvieron unidos el origen y la muerte de El Mosaico, fue el responsable de la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua, en 1871, y alcanzó a dejar publicada su pionera *Historia de la literatura en Nueva Granada*, en cuya introducción confesó sin vacilación que no era “sino un largo himno cantado a la Iglesia”. Sin duda, Vergara y Vergara fue el más aventajado usufructuario de los poderes de legitimación de aquella “ciudad escrituraria” que se fue estableciendo alrededor de la vida más o menos extensa del periódico. Él ofició con frecuencia como mentor, como censor, como crítico. De su examen preliminar dependía la circulación de determinadas obras y a él con frecuencia se acudía para escribir reglamentos de sociedades, para redactar decretos y proyectos de ley. En Vergara y Vergara se concentró buena parte de la misión de reglamentar una escritura oficial, esa escritura que en las explicaciones de Ángel Rama constituía la lengua rígida y ornamental que se opuso a las innovaciones del habla popular y que se convirtió en fuente de estatus social y de ascenso político por mucho tiempo en Colombia.

Regresando a la anécdota, parece que la idea de fundar un periódico para publicar cuadros de costumbres fue de Díaz Castro y la de llamarlo El Mosaico fue de Vergara y Vergara. El nombre podría encerrar varios significados: una manera de comprender un país multiforme que, según el inmediato inventario científico de la Comisión Corográfica, permitía percibirlo como un territorio habitado por un variado espectro de tipos sociales que debían ser pintados con “fidelidad i exactitud”. También podía significar la intención que quería asignársele a la nueva publicación, la de un periódico de variedades que, según el modelo que ofrecía la frívola prensa francesa —por entonces se hablaba de la prensa dedicada a *faits divers*— se recurría a exaltar el mundo restringido y exclusivo de los potenciales compradores de la publicación: la cróniquilla fatua de los bailes y demás reuniones de la alta sociedad, con sus tertulias “semicampestres y semicortesanas”; la descripción pormenorizada del ambiente febril y desordenado de los talleres de imprenta; la evaluación y exaltación de las nuevas diversiones de la gente pudiente; los comentarios acerca del “torbellino de la moda”, de las buenas o malas costumbres en la mesa o en la sala de la dama que acoge a los embriones de escritores; en fin, todo aquello que la alta sociedad de aquellos años estaba necesitando saber hacer y saber decir para afianzarse en su predominio social. Ésta pareció ser la intención más sistemática y perdurable de El Mosaico; sentarse a leer cada sábado —día preferido de circulación capitalina de esta clase de publicaciones— se iba convirtiendo en la mejor manera de educar en modales refinados a un grupo social que ya sentía el disfrute del consumo en ciertas actividades suntuarias, entre ellas la degustación de lo que merecía denominarse literatura.

“*PARA TODO HAI EN SUS COLUMNAS*”

El Mosaico apareció por primera vez en Bogotá el 24 de diciembre de 1858 y se extinguió el 17 de diciembre de 1872. En apariencia, el periódico vivió catorce años —algunos colegas se han sometido a esta pifia elemental— pero las interrupciones de la guerra y de la pobreza acortaron su existencia a algo más de



Imagen del escritor Eugenio Díaz Castro (1803-1865) (El Mosaico, trimestre 1, núm. 1, Bogotá, 24 de diciembre de 1858, pág. 17).

un lustro. Aun así, fue la publicación literaria de la segunda mitad del siglo XIX que más persistió en la búsqueda de una definición autónoma de un incipiente campo literario; que sirvió de instancia de consagración y legitimación entre quienes se creían escritores de literatura; que abrigó la tentativa de formar escritores de profesión; que difundió un canon literario bastante afín con la causa católica que defendían sus fundadores, aunque se autoconsideraran ajenos a las disputas religiosas y políticas de su tiempo; que pulimentó un mercado de lectores y, más claramente, de lectoras; que contribuyó a crear una industria cultural que se extendía más allá de la inicial vocación por la literatura. Sus reapariciones, después de las suspensiones forzosas, evidenciaron la constancia de un círculo muy definido de escritores radicados en Bogotá que se habían impuesto la tarea de difundir ciertos códigos morales y estéticos acerca del buen gusto literario y en otras formas de expresión artística. No en vano, al lado del periódico fue apareciendo una sociabilidad artístico-literaria paralela que tuvo su remate con la fundación, en 1871, de la Academia de la Lengua, lo que servía para confirmar que el grupo redactor de El Mosaico había logrado erigirse, hasta asumir forma institucional, en una autoridad estética.

Como sucede casi siempre en el debut de una publicación, el número uno del periódico estuvo dedicado a exponer en detalle el “programa” o, dicho de otro modo, la definición del carácter que intentó sostener durante toda su trayectoria. En ese primer número aparecieron los lemas que perduraron y le dieron el carácter de un periódico “destinado a servir de correo” entre los literatos de todo el país. Iba a funcionar como instancia decisiva de intercambio entre viejos y nuevos letrados; pero, sobre todo, como lugar en que se concentraba el esfuerzo de dotar a lo lite-

la extensión i tiempo de las colonias americanas, para ilustrar lo posible un punto de tanta oscuridad, sin cuya luz mal se pudiera conocer el origen de los indios.

RAFAEL VERGARA I VERGARA.

DOCUMENTO HISTORICO.

RELACION DE LOS 39 OFICIALES QUE HIZO FUSILAR EL GENERAL SANTANDER, EN ESTA CIUDAD DE BOGOTÁ, EL 11 DE OCTUBRE DE 1819.

NUM.	CLASES.	NOMBRES.	NATURALES.	PRISION.
1	Coronel....	D. José María Barreiro.	Español....	1 par grillos.
2	Id.....	D. Francisco Jiménez.	Panamecño..	1 cadena.
3	Tte. Coronel	D. Antonio Plá.....	Español....	1 par grillos.
4	Id.	D. Antonio Galluzo....	Cartajenés..	Id.
5	Capitan....	D. Juan Figueroa i L..	Español....	Id.
6	Id. Mayor.	D. Pascual Abril.....	Id.	Sin prision.
7	Capitan....	D. Joaquín Echegarai.	Venezolano.	1 par grillos.
8	Id.	D. Antonio García.....	Español....	Id.
9	Id.	D. Plácido Domingo...	Id.	Id.
10	Id.	D. Vicente Sabarse....	Id.	1 grillete.
11	Id.	D. Domingo Gaudet....	Guayanés..	Id.
12	Id.	D. Ventura Molinos....	Español....	1 par grillos.
13	Teniente....	D. Pedro Palacios....	Id.	Sin prision.
14	Id.	D. Juan Parrillas.....	Id.	1 par grillos.
15	Id.	D. José Beltran.....	Id.	Id.
16	Id.	D. Francisco Guzman..	Venezolano.	Sin prision.
17	Id.	D. Cristóbal Bársenas..	Español....	1 par grillos.
18	Id.	D. Cristóbal Prado....	Id.	Id.
19	Id.	D. José Coletes.....	Id.	Sin prision.
20	Id.	D. Isidro Rójas.....	Id.	1 par grillos.
21	Id.	D. Antonio Hidalgo....	Quiteño....	Id.
22	Id.	D. Juan Garlez.....	Español....	Sin prision.
23	Id.	D. José Sanabria.....	Id.	1 par grillos.
24	Id.	D. Jerónimo Palomino.	Id.	Id.
25	Subteniente.	D. José Arriaga.....	De Portore.*	1 cadena.
26	Id.	D. Bernardo Labrador.	Español....	1 par grillos.
27	Id.	D. Mariano Jiménez...	Venezolano.	Id.
28	Id.	D. Antonio Portillo....	Español....	Id.
29	Id.	D. Fernando Chamorro.	Id.	Id.
30	Id.	D. Santiago Molinos...	De Cartago.	Sin prision.
31	Id.	D. Estévan Quero.....	Venezolano.	Id.
32	Id.	D. Ramon Abreu.....	Tunjano....	1 par grillos.
33	Id.	D. Hermenegildo Bravo.	Neivano....	Id.
34	Id.	D. Casimiro Vélos....	Venezolano.	Id.
35	Boticario....	D. Alonso Ortiz.....	Español....	Sin prision.
36	Paisano....	D. Felipe Maurique....	Id.	Id.
37	Id.	D. Rufino Rivéros....	Id.	Id.
38	Id.	D. Juan Fe.º Malpica..	Id.	Id.
39	Id.	D. Blas García.....	Id.	Id.

SECCION LITERARIA.

¡ADIOS!

A MI RESPETABLE AMIGO SALVADOR CAMACHO.

Documento histórico: lista de los 39 oficiales que ordenó fusilar el general Santander en Bogotá el 11 de octubre de 1819 (El Mosaico, año II, trimestre 1, núm. 8, Bogotá, 25 de febrero de 1860).

rario de cierto grado de autonomía ante el predominio de las actividades de lucro económico y de enfrentamiento político. El Mosaico nacía para desafiar “el siglo del egoísmo i del oro”; invocando “a los que estamos separados de esa lucha enconosa de las pasiones públicas”, el nuevo periódico literario se proponía, en definitiva, lo siguiente: “hacer conocer el suelo donde recibimos la vida, i donde seguirán viviendo nuestros hijos. A nosotros nos toca el elojio de las grandes acciones, la pintura de nuestros usos i costumbres”⁶.

El Mosaico vivió lo suficiente como para dejar huella en la vida intelectual de la época por su recurrente divulgación de lo que en aquel tiempo consideraban como *lo literario* y porque perseveró en la conquista de un mercado especializado de lectores que le garantizó su más o menos prolongada permanencia entre las publicaciones periódicas de la época en el país; pero también vivió lo suficiente como para contradecirse, como para delinear sus énfasis y sufrir cambios que pusieron en tela de juicio sus propósitos originales. Algunos de esos cambios fueron muy sutiles; por ejemplo, la adopción de la grafía española en oposición a las sugerencias de Andrés Bello y que implicó en el formato escribir con y y g

VICENTE HOLGUIN.

AJENCIA MORTUORIA.

LISTA DE LOS CADAVERES SEPULTADOS EN LOS CEMENTERIOS PUBLICOS DE BOGOTA, DE 1.º DE JUNIO A 30 DEL MISMO DEL CORRIENTE AÑO.

Hombres 37.

Jeneral Joaquin A. Márquez. Márceos Cuervo.
 Pedro Pablo Madero. Domingo Galeano.
 Juan Nepomuceno Barros. Eusebio Pinzon.
 Ignacio Fernandez. Abigail Niso.
 José Chávez Amaya. Abigail González.
 Fernando Caicedo Santamaría. Antonio Fuljencio Gálviz.
 Luis Caicedo Santamaría. Simon Méndez.
 Ricardo Cheyne Fajardo. Fidel Orjuela.
 Secundino Nepom. Sánchez. Matías Cárdenas.
 Pbro. Dr. José María Jiménez. Juan Rojas.
 Gregorio Romero. Bonifacio Manrique.
 Calisto Vera. Juan Garzon.
 Rafael Rosas. Isidro Mora.
 Emeterio Rodriguez. Norberto Ocaris.
 Jerónimo Ayala. Evanjelista Sandoval.
 Bartolomé Muñoz. Epifanio Nivia.
 Santiago Rodríguez. José María Rodríguez.
 Lino Rentería. Bernabé Vanégas.
 Juan Nepomuceno Escovar.

Mujeres 32.

Liboria Pardo de Aguirre. Maria Ruperta Mora.
 Brijida Rójas de Plata. Susana Cancino.
 Juliana Urrutia de Arroyo. Juana García.
 María Felipa Quiñones. Manuela Moya.
 Juana Rójas i Borda. Rufina García.
 María de J. Ordóñez de Forero. Rosalia Vásquez.
 Luisa Gracia. Teodora Moráles.
 Gregoria Pinzon. Cecilia Bonilla.
 Emilia Montoya. Matilde Puerta.
 Tránsito Romero. Niéves Miranda.
 Rosario Lombana. Manuela García.
 Josefa Garzon. Carmen Villaisan.
 Gregoria Díaz. Clemencia Hurtado.
 Mercedes Ruiz. Bárbara Cervántes.
 Ana Joaquina García. Juana Cruz Mora.
 Biviana Murcia. Dominga Gaona.

Veinteinueve cadáveres mas de los hospitales.—Total, 98.

IMPRESA DE “EL MOSAICO.”

“Agencia mortuoria” (El Mosaico, año III, núm. 28, Bogotá, 23 de julio de 1864, pág. 224).

6. “El Mosaico”, en El Mosaico, núm. 1, 24 de diciembre de 1858, pág. 1.

donde las reglas provenientes de Chile demandaban colocar *i* y *j*, cambio que se hace perceptible desde 1871. También tuvo la suficiente vida como para ensanchar el número y la índole de sus colaboradores nacionales y extranjeros. Se ha dicho con algo de justicia que El Mosaico tuvo la virtud de reunir en sus páginas de manera indistinta a dirigentes liberales y conservadores que encontraron en sus episódicas prácticas literarias un punto de unión y reunión; al original equipo de redactores del número inaugural se fueron agregando los nombres de José David Guarín, Manuel María Madieto, Juan Francisco Ortiz, José Joaquín Ortiz, José J. Caicedo Rojas, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, José María Samper, Manuel Ancízar, Gregorio Gutiérrez González, Jorge Isaacs, por mencionar algunos. Muchos de ellos fusionaron el ejercicio cuasiprofesional de la política con el interés por lo literario, entre otras formas de escritura; varios de ellos llegaron a la presidencia de la república, otros hallaron refugio en esta publicación cultural mientras definían los nuevos derroteros de sus reconversiones políticas y religiosas, como sucedió en el sonado caso del liberal y anticlerical José María Samper, que terminó transformado en un dirigente conservador. Para unos, El Mosaico fue su vínculo iniciático con la producción literaria; para otros, fue una etapa más de un camino ya recorrido o uno de los tantos periódicos con que colaboraban a un mismo tiempo.

Por eso es importante enunciar, en resumen, las principales etapas según las mutaciones evidenciadas en la designación de nuevos directores, redactores o según los vínculos con tal o cual taller de impresión; en fin, sus principales etapas editoriales fueron las siguientes:

1. El Mosaico: Miscelánea de literatura, ciencias i música; imprenta de José Antonio Cualla, 24 de diciembre de 1858 a 24 de septiembre de 1859.
2. El Mosaico: al cual está unida la Biblioteca de Señoritas; imprenta de Pizano i Pérez, 1 de octubre de 1859 a 1 de agosto de 1860.
3. El Mosaico: álbum neogranadino; en imprenta de El Mosaico, 8 de agosto de 1860 a 29 de diciembre de 1860.
4. El Mosaico: en Imprenta Constitucional, 13 de enero de 1864 a 8 de julio de 1865.
5. El Mosaico: Periódico de industria, ciencias, artes, literatura e inventos; 22 de julio de 1865 a 16 de noviembre de 1865.
6. El Mosaico: Periódico de la juventud dedicado exclusivamente a la literatura, 28 de enero de 1871 a 17 de diciembre de 1872.

El 18 de febrero de 1860, los redactores se preguntaban casi con desespero: “¿Por qué no compramos una imprenta para que El Mosaico no ande de aquí para allí como novia en depósito?”⁷. La adquisición de una imprenta dotó al periódico de una relativa autosuficiencia e hizo posible la ampliación de las actividades del grupo de fundadores más allá de la redacción del semanario. Un taller de imprenta propio garantizaba ofrecer trabajos de diversa índole: encuadernación, litografía, publicación de libros y de hojas sueltas y hasta el establecimiento de una sección de librería y papelería. Para la vida estudiantil capitalina, que se iba a volver más intensa con la fundación de la Universidad Nacional, esta ampliación de los servicios de un taller de imprenta podía significar un lucro adicional a las actividades originales de publicación de un periódico. Formaba parte del sueño de conseguir una imprenta el aumento del tiraje, ampliar la red de corresponsales extranjeros y la de suscriptores nacionales; tampoco era despreciable ofrecer los servicios adicionales de “litografía, tren completo de encuadernación i mui buen papel satinado” que no sólo estaba disponible para la preparación de El Mosaico. Po-

7. “El porvenir de El Mosaico”, en El Mosaico, núm. 7, 18 de febrero de 1860, pág. 52. Según el diálogo recreado en el artículo, la idea de la imprenta propia es adjudicable a José Manuel Marroquín.

cos meses después de adquirida la imprenta, las páginas del periódico se permitían anunciar la venta de algunos manuales de gramática, novelas, piezas dramáticas y compilaciones de poesía nacional escogida por José María Vergara y José Joaquín Borda.

Antes de la adquisición de la imprenta, El Mosaico y Biblioteca de Señoritas se habían puesto de acuerdo en circular en compañía para compartir los gastos de envío por correo y la red de suscriptores, aunque en este caso lo más evidente era la red bogotana de suscriptoras. Biblioteca de señoritas era un periódico escrito exclusivamente para las damas desocupadas y cultas de la alta sociedad bogotana y había comenzado a aparecer desde el 1 de enero de 1858 bajo la dirección de Eustacio Santamaría. La unión de los dos periódicos fue una de las frecuentes estrategias de mercadeo que pusieron a prueba los escritores colombianos del siglo XIX con el fin de reducir costos y aliviar las posibles pérdidas en el incierto sistema de correos. Además, se sacaba provecho de la contigüidad del equipo de redacción que colaboraba a diestra y siniestra con las secciones de ambas publicaciones. Esta estrecha colaboración inicial de dos periódicos afines fue afirmando al grupo de *mosaicos* en la certeza de que estaban escribiendo, sobre todo, para un selecto público femenino.

Al cumplir año y medio de circulación, se creyó que era momento oportuno para festejar el raro hecho de haber llegado a ochenta números. La celebración no era excesiva, dada la fugaz vida de las publicaciones de esa índole en aquellos años. El Mosaico podía considerar que había pasado una barrera y que estaba en capacidad de llegar más lejos todavía; se había consolidado como un periódico de circulación sabatina de ocho páginas en octavo a dos columnas cuyas secciones fundamentales eran la literaria, la científica y la lírica (léase musical). También se volvieron frecuentes la croniquilla urbana resumida en “Historia de la semana”, los versos jocosos de Marroquín o Carrasquilla, las novelas por entregas, la publicación de listas de novedades bibliográficas, las biografías de hombres distinguidos y algunos relatos costumbristas que después formarían parte de la memorable selección del *Museo de cuadros de costumbres*. De vez en cuando aparecía una “Revista parisiense”, muy al estilo de una sección semejante de su vecina Biblioteca de Señoritas, en la que una corresponsal enviaba los puntuales comentarios sobre las novedades de la moda francesa. También era regular la publicación de la lista de difuntos que se habían ido a vivir eternamente a los cementerios públicos. Otros nombres fueron uniéndose al grupo de colaboradores; entre ellos sobresalió Ezequiel Uricoechea, responsable de la sección científica, y también hicieron aportes más ocasionales Próspero Pereira Gamba, Rafael Pombo, Joaquín Pablo Posada, entre otros. Las mujeres ya habían hecho presencia de dos formas igualmente decisivas, como escritoras y como benefactoras económicas; por eso el tomo del primer año fue dedicado a las señoras Agripina Samper de Ancízar, María Josefa Acevedo de Gómez y Silveria Espinosa de Rendón⁸.

Los principales redactores de este periódico, que se afanaba por exhibirse como estrictamente literario, eran conscientes de los logros y tenían a la mano suficientes elementos de comparación. En un temprano balance del 18 de junio de 1859 constataban que, a diferencia de un par de decenios anteriores, un periódico literario podía llegar en el país al número 25; y al lograr la cifra insospechada de los ochenta números, los redactores no vacilaron en declarar algo que nosotros nos encargamos de confirmar ahora: “Tenemos ya el derecho de decir que los literatos futuros de nuestra patria, cuando quieran estudiar la historia de nuestra literatura, no encontrarán mejor guía que la recopilación de datos que contiene este

8. El tomo siguiente fue dedicado a otro grupo de notables benefactores del periódico: Lino de Pombo, José Joaquín Ortiz y José Félix Merizalde.

periódico”⁹. Para celebrar, Vergara y Vergara retó a sus colegas a que cada uno de los números siguientes tuviera un único redactor; encargo difícil de cumplir porque implicaba responsabilizar a un solo individuo de llenar con su pluma y su ingenio buena parte de las ocho páginas. El nuevo “método de redacción” tuvo su cumplimiento hasta que comenzó a insinuarse la proximidad de una nueva guerra civil¹⁰.

Desde sus inicios, El Mosaico luchó por no caer en la tentación de las discusiones políticas; varias veces aclaró que no estaba matriculado al lado de los principales órganos de opinión banderiza de liberales y conservadores. Una escritura paródica se fue imponiendo como la mejor manera de burlarse de quienes agitaban la vida pública y preparaban el ambiente para una confrontación bélica. También era un modo de conferirle un estatuto independiente al precario ejercicio de la literatura en medio de las apremiantes imposiciones de una forma de hacer política que tenía —como sucede aún hoy— ineluctable prolongación en el uso de las armas. En alguna ocasión, presagiando la cercana guerra civil, un jocosos y a la vez simbólico “presidente del Estado literario”, “acuartelado” en la Biblioteca Nacional, imitó la escritura circunspecta de nuestro equívoco e inútil formalismo jurídico para redactar un “decreto” en que, entre su variopinto articulado, incluyó que “El Estado literario se declara en estado de guerra, i eleva sus fuerzas al pie de 600 volúmenes”¹¹. Pero, en última instancia, era un clamoroso llamado a los oficiantes de la literatura para que no se dejaran atraer por los cantos de sirena de una nueva contienda bélica en el país.

“Hemos sostenido este periódico por espacio de dos años [...] Nosotros hemos contado con los gastos i con los materiales, pero se nos olvidó, pequeño olvido, contar con la guerra”¹². Esas palabras forman parte de la obligada despedida del periódico ante la inminencia de la guerra civil de 1860. En Colombia, cualquier proyecto sistemático y ambicioso de organización institucional de la cultura, así sea con el sello de la exclusión de vastos sectores de la sociedad, se ha visto cercenado por la frecuente aparición de la guerra. En el siglo XIX se pasaba fácilmente del taller de redacción o del claustro universitario al campo de batalla y, a decir verdad, muchas guerras estuvieron instigadas por la apasionada actividad de algunos impresores. Aunque El Mosaico no incluyó en sus propósitos alentar las oposiciones partidarias que iban a dirimirse en campos de batalla, sus redactores terminaron oliendo de cerca la pólvora, empuñando fusiles en vez de plumas y dejando a un lado el arrullo de los versos para concentrarse en el estrépito de los cañones. En la nota de despedida, los redactores dejaban constancia de que se iban para la guerra en contra de su voluntad, que cerraban el periódico porque ya estaban aislados del resto del país y apenas si contaban con los 160 suscriptores de la capital que, igual que ellos, estaban en trance de tomar las armas. No había alternativa distinta de la despedida con la incertidumbre de un hasta luego o un adiós: “Hasta luego, si la guerra cesa, si las pasiones feroces de la política lo permiten. Adiós, hasta la eternidad, si sucede de otra manera”¹³.

Por fortuna, todavía no era hora de irse para la eternidad y después del intervalo desastroso de la guerra El Mosaico reapareció el 1 de enero de 1864. Anunció en el regreso que los redactores, colaboradores y secciones eran los mismos; se les ocurrió para ese año un aumento de páginas y el nuevo capricho de que hubiese un número “escrito todo por mujeres”. La manera de ofrecer el periódico era tan sugestiva como la propaganda para cualquier producto en venta y su mercado predilecto seguía siendo primordialmente el de las damas: “El Mosaico forma libro; i sirve para lectura del hogar; para leerlo en familia, de noche, proporcionan-

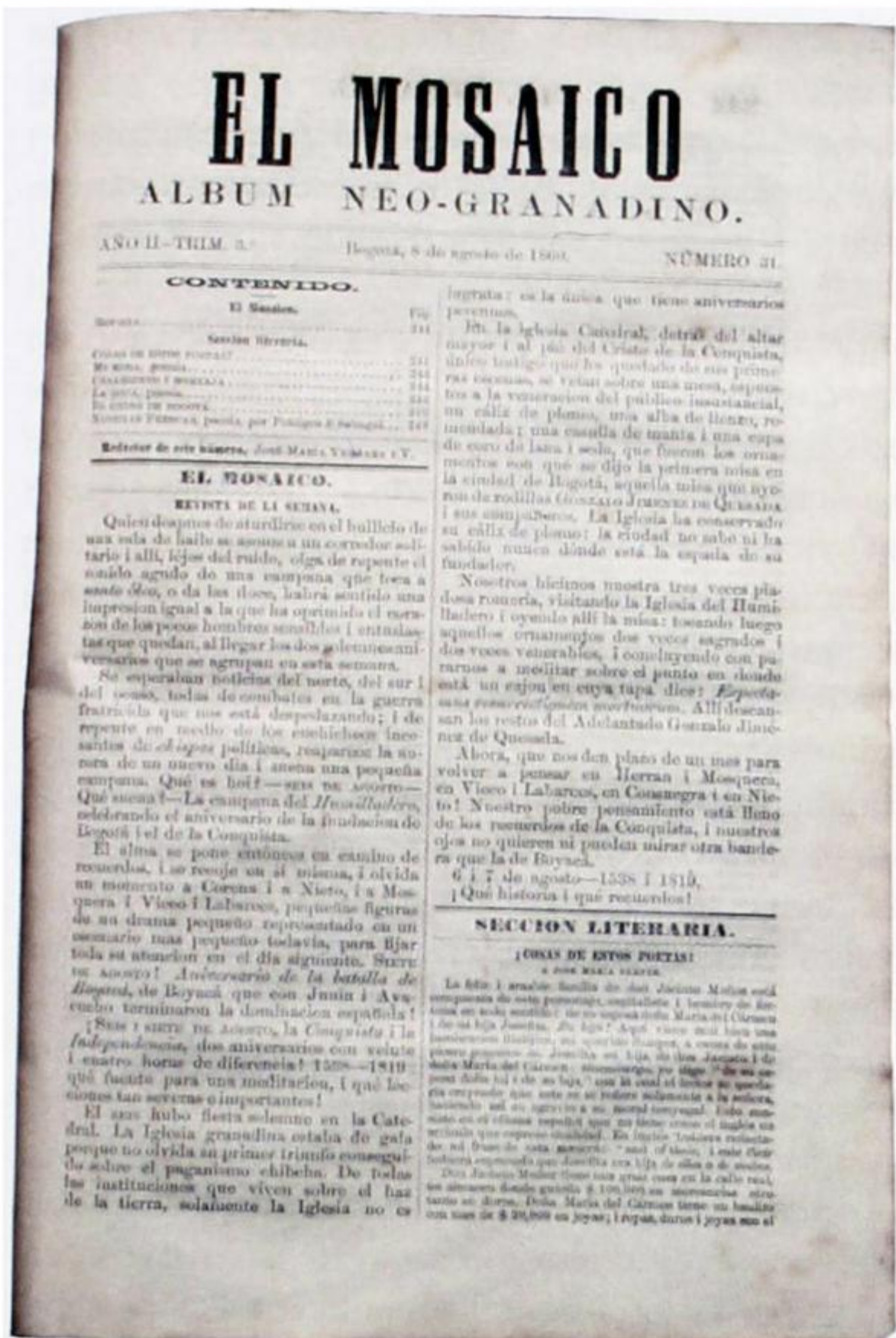
9. El Mosaico, núm. 30, 1 de agosto de 1860, pág. 233.

10. Colaboraron con esa modalidad, entre otros: Manuel María Madieto, José Joaquín Borda, Ángel María Galán, Eugenio Díaz, Lorenzo María Lleras, Ricardo Silva.

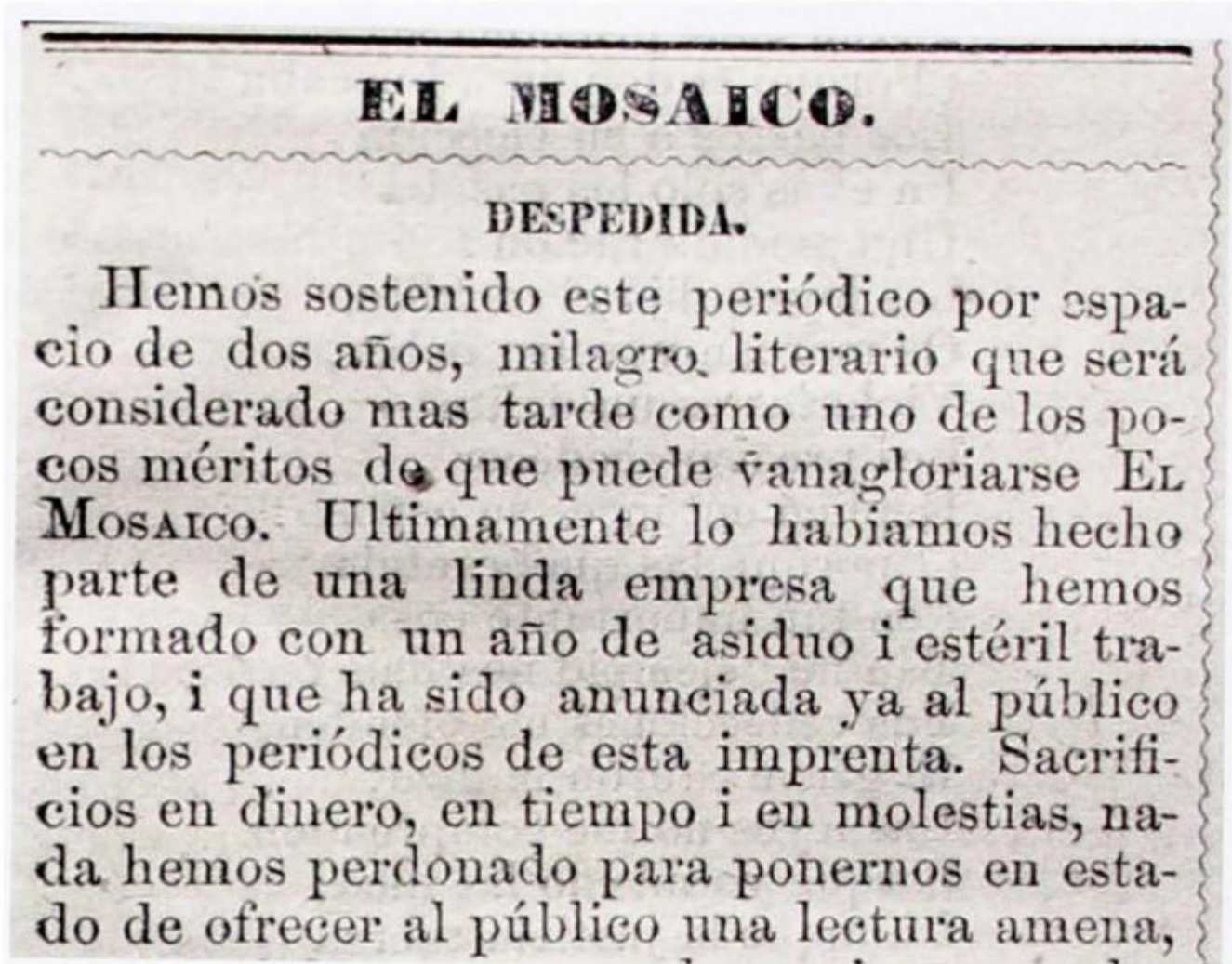
11. En El Mosaico del 1 de agosto de 1860, pág. 240.

12. “Despedida”, en El Mosaico, núm. 51, 29 de diciembre de 1860, pág. 401.

13. *Ibíd.*



El periódico no sólo se preocupaba por la historia de la literatura, también se interesaba por la situación de los escritores y de la literatura del presente (El Mosaico, año 2, trimestre 3, núm. 31, Bogotá, 8 de agosto de 1860, pág. 241).



Por culpa de la guerra el periódico tiene que despedirse de sus lectores el 29 de diciembre de 1860 (El Mosaico, año 2, trimestre 4, núm. 51, Bogotá, 29 de diciembre de 1860).

do un rato de descanso a las mujeres i a los niños, porque para todo hai en sus columnas”¹⁴. Quizá el cambio más significativo se manifestó en la sociabilidad contigua de los literatos que se reunían semanalmente a darles visto bueno a los prospectos de escritores que hacían solicitud de legitimación ante la sociedad literaria bogotana. José María Samper, otrora ideólogo recalcitrante de un liberalismo con sesgos anticlericales, había optado por volver a profesar los dogmas católicos, y mientras aclimatava su ingreso al partido conservador, encontró refugio en los certámenes literarios, publicó poesía —ampliamente comentada en El Mosaico— y puso a disposición su casa para la reunión semanal de aquellos que en Bogotá ya eran conocidos familiarmente como “los mosaicos”. Fue en una de esas veladas donde se hizo la solemne presentación del “nuevo literato” Jorge Isaacs, quien leyó treinta de sus composiciones ante los “jueces” y, pasada con aclamación la prueba, “se determinó que los versos del señor Isaacs salieran a luz en un tomo costado por las trece personas que los oyeron”¹⁵.

A mediados de 1865, sobrevino para el periódico un trastorno drástico de su carácter original. Después de una interrupción a causa de la escasez de papel, suceso que agobió a varias publicaciones de la ciudad, y tras la muerte de Eugenio Díaz Castro, una facción liberal con filiaciones masónicas se apoderó de la dirección del semanario. Desde el 22 de julio, “una asociación progresista” dirigida por Felipe Pérez (1836-1891) se hizo cargo del periódico y anunció el “nuevo carácter” de la publicación. Mientras que José María Vergara se había ido a cum-

14. El Mosaico, núm. 8, 5 de marzo de 1864, pág. 57.
15. “Novedad literaria”, El Mosaico, núm. 21, 4 de junio de 1864, pág. 163.

plir con el encargo de redactar el reglamento de la penitenciaría del estado de Cundinamarca, su periódico se convertía —según la proclama de Pérez— en vocero de “la industria, del comercio, de las mejoras; eco de todo progreso; receptáculo de todo adelanto, índice fiel de las ciencias, las artes, la literatura e inventos útiles”; y lo ofrecía no solamente a las señoras y señoritas de elevada condición; esta vez iba a ser además el “entretenimiento del artesano, de la obrera, del hacendado, del tendero, del propietario, del estudiante”¹⁶. El Mosaico dejó de ser el periódico literario que todos conocían y comenzó a asemejarse a una especie de boletín industrial, con estadísticas, consejos prácticos para artesanos y agricultores, y con un agregado ideológico bastante ajeno a los énfasis iniciales: la presentación por entregas de un vocabulario del espiritismo escrito por Allan Kardec. Este paréntesis sólo podría explicarse según las pugnas entre las formas de sociabilidad católica y la reactivación de la sociabilidad masónica que había acompañado al proyecto liberal radical. Desde la Constitución de 1863, el liberalismo le había otorgado mayor importancia a la conquista de una hegemonía cultural de los valores y la institucionalidad laicos, así que la posesión transitoria de un portavoz de la tradición y el conservatismo era la expresión del influjo que habían adquirido las formas de asociación político-intelectuales de quienes aupaban en ese entonces la creación de una institucionalidad cultural por fuera del dogma católico. La momentánea adquisición de El Mosaico le significaba a este núcleo liberal el disfrute del capital y el mercado simbólicos que habían logrado acumular sus fundadores para colocarlos a favor de los propósitos secularizadores del proyecto educacionista liberal de las décadas de los sesenta y setenta. Pero, quizá más evidente, implicó alejar el periódico del influjo que había construido sobre el creciente público femenino; por eso aparecieron nuevos destinatarios en esta fase de la publicación. Como una traición a la condición estrictamente literaria a la que se había comprometido esta publicación desde su origen, esta vez, bajo la dirección de Felipe Pérez, El Mosaico había terminado implicado en una posible conspiración contra el general Mosquera.

Después de este bache de 1865, vuelve a saberse de El Mosaico en 1871, y su reaparición es una tajante reivindicación de la prensa literaria. Bajo la redacción de José Joaquín Borda y con la renovada ayuda de Vergara, que venía muy orgulloso de haber conocido en Italia al novelista Alejandro Manzoni, el periódico se dispuso a vivir sus días finales entregado a la misión pedagógica de instruir a las “buenas mujeres” en las “ciencias literarias” y de advertirles cuál era la literatura perniciosa que no debía leerse ni guardarse en las bibliotecas particulares. Las cartas sobre literatura dirigidas a una ficticia Angelina formaron parte del dispositivo didáctico con que se aleccionó sobre las novelas “obscenas” de origen francés que podrían perturbar las buenas costumbres. “La belleza no va separada de la bondad”, decía Vergara en las advertencias acerca de la llegada de algunas obras de George Sand, “una viciosa escritora francesa”. En otra parte del dictamen, el próximo fundador de la Academia Colombiana de la Lengua decía: “El padre o la madre de familia deben negar hospedaje en sus bibliotecas domésticas a semejantes libros, cuya belleza de estilo no disculpa sus corrompidas tendencias”¹⁷. De este modo, la “prensa literaria y moral” estaba cumpliendo con la misión de “purificar el gusto”, según se lo habían propuesto los redactores desde los primeros números. En la proximidad de su muerte definitiva en diciembre de 1872, El Mosaico se concentró en esta labor docente y censora sobre su potencial público femenino; para eso acudió a una clasificación muy en boga que le asignaba a la prensa política la conquista exclusiva de un público masculino y a la prensa literaria la formación de un público esencialmente femenino. La prensa literaria, en un texto adjudicable a Borda, “es en el mundo, respecto de la prensa política, lo que es en

16. Felipe Pérez, “El Mosaico en su nuevo carácter”, *El Mosaico*, núm. 24, 22 de julio de 1865, pág. 186.

17. José María Vergara y Vergara, “G. Sand”, en *El Mosaico*, núm. 27, 6 de agosto de 1871, pág. 212. Sobre la función de crítica y censura que cumplió esta revista, la profesora Carmen Elisa Acosta presentó al XI Congreso de Historia de Colombia la ponencia titulada “Biblioteca ejemplar del periódico *El Mosaico* (1858-1872)”.

el hogar doméstico la mujer respecto del hombre: el uno es la fuerza, el otro la gracia”¹⁸. Comentario semejante hizo una de las benefactoras del periódico: la poeta Pía Rigan —seudónimo de Agripina Samper de Ancizar— diría que en los asuntos literarios había una delimitación de funciones entre la mujer y el hombre; según ella, a la mujer sólo le correspondía sentir y acaso podía aventurarse a “emitir un concepto”, pero jamás debía entrometerse en la tarea viril de juzgar¹⁹. ¿Simple imposición pragmática del mercado lector o parte de la tradición catequizadora jesuítica a la que pertenecían Borda y Vergara, tan proclive a influir desde la sociabilidad católica en la población femenina? En definitiva, revista para mujeres terminó siendo *El Mosaico*, publicación hecha para aquellas señoras y señoritas que podían cumplir con la elemental condición de ser sus más regulares lectoras y compradoras. El periódico literario más influyente del siglo XIX se dedicó a moldear la sensibilidad de las damas que incursionaban, así fuera de manera balbuciente, en las actividades letradas.

Los últimos días del periódico estuvieron asediados por las denuncias de los males causados por los lectores furtivos, por esos “duendes” implacables de los caminos del correo que terminaban llevándose trozos o colecciones completas de prensa e impedían que se cumpliera con el elemental envío a los suscriptores. Esas pérdidas tan costosas para los periódicos minaban su credibilidad, destruían las redes de suscriptores y llevaban a la quiebra al más optimista de los impresores. Esos individuos que leían de “gorra”, que leían sin comprar, forman parte de ese subterráneo grupo de lectores que ha de pertenecer a una necesaria historia social de la lectura. Esporádicos y hasta benévolos asaltantes del correo en las posadas que se garantizaban sin permiso la lectura de algo que no iba dirigido a ellos. Usurpación que les permitía tener acceso al restringido mundo de los letrados. Sin duda, esos “duendes” denunciados con tanta frecuencia e indignación por los grandes escritores de prensa del siglo XIX fueron los responsables de la quiebra de varias empresas periodísticas; pero, también sin duda, a ellos se debe que la cultura popular haya tenido acceso a determinados productos literarios (y no sólo a los literarios) que parecían destinados a un público exclusivo.

LA PEQUEÑA INDUSTRIA DEL BUEN GUSTO

Concluir que *El Mosaico* fue una publicación literaria escrita principalmente para mujeres y que cumplió una labor docente y moralizadora en que el doctrinarismo católico de los principales redactores interfirió en la valoración de lo literario, desplaza en consecuencia la tradicional consideración de este periódico como una publicación costumbrista. De hecho, el relato de costumbres ocupó allí un lugar relativo y no podría decirse que fue el género preeminente de cada semana. A no ser que con el adjetivo *costumbrista* designemos todo aquello que se escribía para educar en las buenas costumbres según los cánones de una comunidad de letrados con dejos aristocráticos. Según eso, *El Mosaico* contuvo diversas formas de escritura concentradas en el único propósito de reglamentar los comportamientos mundanos, vigilar lo que para sus redactores constituía el buen uso del lenguaje y las buenas maneras en una vida social que se ampliaba con la llegada —así fuera esporádica— de nuevas formas de expresión artística. El cuadro de costumbres aleccionaba sobre tipos sociales funestos o ejemplares y advertía acerca de las vicisitudes que le esperaban a un estudiante provinciano cuando llegaba a la capital o servía para burlarse de los advenedizos que se inventaban lazos de parentesco o se utilizaba, como en “La esquina de avisos”, para discutir acerca de la importancia de saber anunciar para vender; la escogida novela por entregas servía en aparien-

18. José J. Borda, “La prensa literaria”, en *El Mosaico*, núm. 1, 28 de enero de 1871, pág. 1.

19. Pía Rigan en sus comentarios sobre “Sofía, romance neogranadino”, en *El Mosaico*, núm. 22, 6 de junio de 1860, pág. 170.

AVISOS.

SAMPER I URIBE,

NUMERO 36, 1.^a CALLE REAL.

ACABAN de recibir los siguientes artículos para señoras :
Gorras-Capas de tafetan i de paño-Sacos o basquiñas,
colores de moda-Chaquetones para montar a caballo-Tra-
jes de mosambique i de barege-Cortes de lanillas francesas,
de muselina i de organdi-Pañolones de cachemir de meri-
no negro con franjas de terciopelo i flecos ricos i de lana-
Adornos i redecillas para la cabeza-Cinturones-Pañuelitos
de raso para el pecho-Pañuelos de seda-Corbatas de seda-
Rejencias francesas-Camisas de lino i de algodón, bordadas
i sin bordar-Cuellos con corbatas i mangas-Garibaldis con
encajes, bordados i sin bordar-Capitas para niñas. 3-2

IMPRESA DE "EL MOSAICO."

Los "Avisos" constituían una dinámica de comunicación entre los lectores (El Mosaico, año 4, núm. 9, Bogotá, 25 de marzo de 1865, pág. 65).

cia para cautivar lectores; la presentación periódica de catálogos de obras con la debida clasificación genérica y con la mención de los lugares donde podían adquirirlas formaba parte del ciclo comercial en la venta de libros; los versos se convertían en clave mnemotécnica para desterrar barbarismos, evaluar el buen uso de neologismos y galicismos y para aprender una regla ortográfica. También se ponderó el beneficio pedagógico de los versos en el aprendizaje de la indomable aritmética. Cartas escritas por un padre que fungía como la autoridad gramatical servían para reprender al hijo que era un despistado estudiante con inclinaciones francófilas; la sección denominada "Hombres distinguidos" parecía destinada a derramar frases laudatorias para todos aquellos miembros del notablato que habían apoyado de uno u otro modo la existencia de la revista, y siempre había un comentario oportuno para un público lego que necesitaba conocer pautas de autocontrol en el inédito goce de las representaciones teatrales o de la ópera. El agregado de cuadros sinópticos de la literatura francesa, aparte de ser buen índice de las preferencias y de los conocimientos literarios de los escritores de El Mosaico, ponía al día a los ocasionales o persistentes alumnos que coleccionaban el periódico. Esta simple función docente delata que el periódico era escrito para un público y que, a la vez, creaba a ese público al que se ofrendaba semanalmente. Por eso no era raro encontrar coincidencias entre quienes ejercieron su mecenazgo sobre la publicación y quienes fueron sus principales lectores y sus ocasionales colaboradores en la redacción.

El ocio, proclamado virtud por una escritura jocosera que acudía con frecuencia a la parodia o a la sátira, estaba en sintonía con las ocupaciones excedentes y suntuarias de una clase social que conocía ciertas expansiones en el tiempo libre y el dinero sobrante. Había una relación entre un *Catecismo para el uso de la crinolina* y el progresivo aumento de una población femenina que incursionaba con relativo éxito en la escritura y se permitía consumos ostentosos. La expansión de

NOVEDAD LITERARIA.

Tal merece llamarse el repentino aparecimiento de un nuevo poeta, mui jóven, desconocido ayer, i que en el trascurso de veinte i cuatro horas adquirió renombre en esta ciudad. El nombre de este nuevo literato es Jorge Isaacs, i su patria el poético i desgraciado valle del Cauca. Mas numerosa fué la concurrencia que asistió al entierro del inmortal Larra, i mas solemne el objeto; pero los versos con que se reveló aquel día al mundo el gran Zorrillo eran versos de novi-

“Novedad literaria”: presentación del “nuevo literato” Jorge Isaacs (El Mosaico, año 3, núm. 21, Bogotá, 4 de junio de 1864, pág. 161).

comodidades que en la vida hogareña se plasmaban en sitios y tiempos disponibles para la lectura, tenía mucho que ver con la formación de un público asiduo que podía garantizar la circulación semanal de un periódico. De ahí que los *mosaicos* tuvieran presente desde los inicios del periódico la relación proporcional que tenía que existir entre “la progresiva mejora del gusto en los lectores i la multiplicidad de las imprentas”²⁰.

El Mosaico representa la comercialización del arte de escribir; aunque sus fundadores protestaran contra “el siglo del egoísmo i del oro”, aunque desearan alejar la literatura de las groseras preocupaciones mercantiles, la permanencia del periódico literario dependía de la posesión de un eficaz equipo de impresión que “ojalá tire millares de ejemplares por minuto”, de lectores que paguen las suscripciones con puntualidad. “Dios nos dé el don de la publicidad como a los yankees!”, así exclamaban quienes bien comprendían que estaban viviendo en tiempos en que “todo se anuncia”. Por eso los métodos de la “anunciabilidad” proliferan, por eso la escritura en sus diversas formas genéricas se entrega al único fin de seducir al mayor número de lectores posibles y por eso había que ampliar la base social del buen gusto. Y, de igual modo, la perdurabilidad del semanario, que ojalá fuera diario, dependía de un equipo profesional de redactores dedicado íntegramente al oficio de escribir para un público definido.

Antes, durante y después de la vida de El Mosaico se asiste en Colombia a la diversificación de los procedimientos de comercialización del libro y de los servicios de las imprentas. Se amplía el mundo de producción, circulación y consumo de bienes simbólicos, así se restringa al círculo oligárquico de aquellos que querían, por ejemplo, “trasplantar i aclimatar la ópera”, según palabras de José Caicedo Rojas, uno de los más entusiastas impulsores de las artes escénicas en el siglo XIX. Pero en lo que atañe a la producción editorial, en aquellos años se vuelve primordial el consejo sobre cómo y dónde preservar mejor los libros en la casa. El atractivo económico de comprar varios libros reunidos en uno solo es anunciado como verdadera ganga. La invitación a coleccionar y a empastar por tomos de un año las

20. “Bibliografía”, en El Mosaico, núm. 2, 1 de enero de 1859, pág. 11.

suscripciones de periódicos; la expansión de las novedades de la litografía y de la fotografía, a lo que se le agregaría el sistema de postas dentro de la ciudad y el servicio telegráfico; las tertulias, los paseos, los encuentros a la entrada del teatro, la aparición y consolidación de sitios públicos de lectura: desde la excepcional salita para leer la prensa europea en la legación alemana en Bogotá hasta los horarios de atención establecidos por la Biblioteca Nacional. La formación de librerías y bibliotecas especializadas —algo íntimamente relacionado con la fundación de la Universidad Nacional— fueron algunos de los elementos más evidentes en el surgimiento de una industria cultural que tuvo algún crecimiento continuo hasta los desastres de la guerra civil de 1876. Son años en que crece y se vuelve más específica la población lectora bajo el estímulo de la expansión del aparato educacional. El Mosaico fue un producto de esa industria cultural, y buena parte de su existencia estuvo signada por la pretensión de ofrecerse como una mercancía que debía ser rentable para sus gestores.

El periódico se ofrecía como una mercancía y por tanto se le concedía importancia al proceso de producción en que intervenía la eficiencia del impresor, la calidad de los materiales, las novedades y bondades de las técnicas, la cantidad del capital empleado y el tiempo disponible de los escritores. Todo esto merecía, por ejemplo, un artículo de costumbres, como aquel que describe en detalle el mundo de los cajistas, empresarios y redactores y hasta determina, según la voz de la experiencia, cuáles eran las edades más productivas de los impresores. A eso se agregaba el interés por los anuncios; el periódico era una mercancía que servía de instrumento para vender otras, así que tenía que cuidarse de darle justo espacio a los anuncios de “píldoras i ungüentos”. Las cuentas eran minuciosas en los balances de cuántas páginas se invertían en anuncios y en las secciones que les prometían a sus suscriptores. Y hablando de suscriptores, de vez en cuando caían bien “los agregaditos” que fueran fotos, patrones, figurines, novelitas por entregas, biografías coleccionables que sirvieran de gancho para preservar y, ojalá, aumentar la cifra de los compradores. Varios avisos atestiguan que no se descartó el método llano de la comparación con otros periódicos o que no se desestimó ofrecer la variada utilería que la imprenta de El Mosaico podía vender en su sede y que iba desde lápices y plumas de acero pasando por tinta francesa y papel de carta.

Los estudios de factibilidad formaban parte ya de los procedimientos rutinarios que, aunque todavía incipientes en el medio colombiano, eran registrados como un digno modelo de la actividad comercial. La llegada a mediados de 1860 del señor Eduardo Fales, agente de algunas imprentas norteamericanas, fue registrada con detalle no solamente porque venía a ofrecer algunas obras de Andrés Bello, especialmente su apetecido texto de gramática, sino además porque su misión consistía en “tomar informes acerca de la salida que puedan tener en este país muchas de las obras publicadas en Nueva York por Appleton i Compañía, de las que trae el mismo señor Fales un catálogo i varias muestras”²¹.

“*Se lee*: esta palabra vale para un escritor algo más que para un comerciante esta otra: *se compra*”²². Pues bien, si se había vuelto apremiante la intensificación de los procesos de producción simbólica, si crecía el número de imprentas, de periódicos y de lectores, si se concebía la existencia creciente de públicos más o menos especializados de acuerdo con la relativa expansión del aparato educacional en que la presencia femenina era apenas uno de sus elementos distintivos, pues resultaba lícito soñar con la asunción del escritor de profesión, del individuo que podía vivir de y para la literatura. “I por qué no ha de ser profesión este noble arte?”, ése era el

21. “Revista”, en El Mosaico, núm. 26, 4 de julio de 1860, pág. 201.

22. “El Mosaico”, en El Mosaico, núm. 25, 18 de junio de 1859, pág. 194.

EL MOSAICO.

PERIODICO DE LA JUVENTUD. DESTINADO EXCLUSIVAMENTE A LA LITERATURA.

CONTENIDO:

Le va el fant! Vive le roi! El Ro...
 El Telescopio. Por MADAMA SORIA GAY. 377
 La Via. Por el Sr. ALVARO...
 Anuncios...

EL MOSAICO.

LE ROIS MEURT! VIVE LE ROI!

Si, lectores muy queridos, tenemos que decir una triste noticia. El Mosaico se murió! Cuando recibí el presente número, me acordé de haber terminado...
 Que la tierra le sea ligera! Lloro a caudales, cuando recuerdo en cuenta de que aquí está una hermosa...
 Fuerza se que viva en nuestros estados, bien educado, bien vestido, bien leído y relajado...
 Que vivan los otros periódicos para servir al pueblo y sus lectores...
 En sus dos tomos tiene varias copias...
 Una historia de nuestros días, La Mosca del jaguar, Ciudad de Herenaville, el Du de la Féné, Don Juan, la Bábala y otros más, los poemas y porras de la guerra que a sí mismo se ha trazado el mismo cuerpo...
 Así como artículos escritos en que Alvaro y Victoria Ferrer y Simón Calmejo y García Castro y Federico de la Vega y Saint Germain y Berthold y Robinson Armijo y Manuel del Palacio y tanto otros se han trazado con gracia y habilidad, con las plumas de su patria, con los dedos incansables de esta humana vida...
 Así como los cantos con que todo un coro de voces sublimas, ha cantado el nombre de las cadenas que les oprimen, al lado de los nombres de varios de nuestros amigos patrióticos...
 Y como una página se lleva veneno para vuestra alma, como una lira se liga en aliento, semejante al cantar resaca ó al susurro, es justo que no perdamos...

que, por el contrario, los guardéis con amor y cariño.
 No venís al una ligera por este amigo, que después de con la idea de algunos momentos, acompañados en vuestro gobierno, en vuestro honor, en vuestro honor?
 Pobre Mosaico! No fue mucho esperar su muerte que le de las deudas más de la tierra. Pero que remedio! La vía es mala? Qué a lección con su oratorio de terribles y otra, y sé que lo preparé...
 Ahora, que le sea! Si, amigos míos, sobre la tumba del Mosaico, se alza, como en vida y juventud. EL EGO LITERARIO...
 Aparece este número del Mosaico, en muchas ediciones, con las primeras flores de marzo, y lo recibían los escritores que aceptan las condiciones del año que hoy publicamos...
 El primer de un primer número es la mejor recomendación que de él podemos hacer, y la prueba más segura de que se que podemos albergar respecto de su futura existencia...
 La novela que empezará a publicarse desde el primer número, no solo es incomparablemente buena, sino que es una de las joyas más valiosas de la literatura francesa...
 Ver, pues, con cuánta justicia hemos exclamado al dirigirlas a vosotros: *Lesons vos amors! Vive le roi!*
 Así, ahora, queridos amigos, que con tanta bondad nos habéis acompañado en esta tarea, recibid la expresión de nuestra gratitud y permitidnos que os deseemos del modo más gozoso el depósito las gracias correspondientes en la tumba del difunto Mosaico... Ya no tenemos, no se verdad? Algunos de vosotros se necesitan de esta indicación; pero otros se muestran más amables para con los suscritores que para con el agente general, volviendo a un lado involuntario de mal tono en semejantes alturas... exigimos el primer número...
 Tratad, con sus señores amigos, de que como el Mosaico sea un ser de oro; las preferencias de plata...
 El agente general, José Joaquín Bona...

EL TELESCOPIO.
 Por MADAMA SORIA GAY.
 (Conclusión.)
 IX.
 Así que al principio se hubo establecido, regresé a mi casa resuelto a cumplir dilaciones con el nuevo deber que me...

laba de imponerme. Apenas de cuando en cuando para no perder la esperanza alguna que hubiera en mi poder al ganar que iba a ver a Lucía, a ver a Alicia; que iba a ver en su primer momento... la primera que produjera en presencia; pero no que yo introdujera como muestra del hazer que la ofrecía; al momento, a sus hermanos ídolo, que resultó de un poder maravilloso, era quien debía considerarla a la primera, en la vida por conseguir a la primera, un título muy respetoso, que la hiciera reconocida, indicada, en el que me importaba hablarle de un seguro grave, y aguarda sus respuestas la esperanza que debía sobrevivir mi vida...
 Llegó un fin, cuando Alicia se retiró, pero se quedó sola. Era más de medio día. Mandé que trajeran las calabazas; me vestí con un vestido de seda, de la variedad más hermosa; me puse los mejores zapatos; y con el mismo de Alicia para llegar más pronto a la quinta de Byron...
 La mujer estaba albricia, me aguardaba, jugando que se había olvidado el señoreo mío, me ofreció la esperanza de tener favorito suya, y me adelantó también como un animal, el grito de la hora que debía aparecerme...
 Ahora la parte del sol... Ver a una joven rubia, contrastada con un negro tapirera; pero su pupila en estado, estaba en calma... en ella, Saludada y calló. Me ofreció asiento, de manera que me permitiera que yo, en la actitud de una persona que aguarda a otra. Fija los ojos en una puerta albricia; se le volvió de Alicia. La joven intentó hablar; las palabras se entorpecieron en su labio, y yo le interrumpí preguntándole si podía perder la hora de hablar con la señora princesa Glorcy...
 A esta pregunta que parecía sinceramente que me me quisiera, Alicia se presentó. La emoción que en mí, instaba se experimentó por mí, reflexivo en su bello rostro; se sonrojó; sus ojos que habían fijado en instante en mí, se bajaron inmediatamente; en medio de un turbación se oír de saludarme y pasó a dar pocas palabras algunas palabras insignificantes y de puro cumplimiento...
 Ah! Cuanto me dolía esta gracia...
 Como le agradecí ya que faltaba en esta ocasión a los unos recibidos, y carecía de darme sobre sí misma para reducir la impresión que le causaba esta entrevista...
 Qué interesante estaba! Qué linda era!

Parece que han llegado á Honda los muebles del Capitolio, cuyo importe asciende á \$ 40,000.
 Qué bien descansarán en esos sillones los padres de la patria! Qué lindos se verán en esos espejos de cuerpo entero! Todo debe tener su sal y pimienta: la modestia republicana no se ha de quedar sin su palacio, ya que la orgullosa aristocracia tiene tantos.

“Modestia republicana”: nota en la que se informa sobre la llegada de los muebles y espejos del Capitolio (El Mosaico, año 2, núm. 7, Bogotá, 5 de marzo de 1872, pág. 53).

Último ejemplar (El Mosaico, año 2, núm. 48, Bogotá, 17 de diciembre de 1872, pág. 377).

reclamo de quienes abrigaban la ilusión de que “la literatura sea una profesión como cualquiera otra en nuestro país”²³. El hecho de que en el censo general de población de 1870 aparecieran los tales literatos como una actividad económica clasificable²⁴ era la resultante de un esfuerzo por concederle un estatuto profesional, no importara la pírrica cifra, el escaso peso poblacional y la precaria existencia. Desde los días de El Mosaico se presentó una germinal autoconciencia de ese prospecto de escritor profesional; se hacía contabilidad de las cuatro o seis horas diarias “irremisiblemente consagradas” a las letras. Tiempo diario insuficiente que se debatía en el cumplimiento de otros menesteres; tiempo escaso que no permitía escribir obras memorables porque lo poco que podía escribirse eran borradores presurosos que “pasan de nuestros pupitres a las cajas de imprenta, cuando ni siquiera la tinta se ha secado, cuando no hemos tenido tiempo de releerlos, cuando no hemos podido dar una forma completa al pensamiento”²⁵. Durante la existencia de esta publicación germinaron algunos diarios, para 1871 se podían contar seis en Bogotá, que son prueba ostensible de la modificación cualitativa de la actividad periodística y ya era posible hablar de *diaristas*, de plumas ocupadas diariamente, como las de José Joaquín Ortiz, Ignacio Gutiérrez, Manuel M. Madieto, José M. Quijano y Medardo Rivas, quizá el ejemplo más notable de escritor de profesión entre todos. Sin embargo, el cambio no parecía ser tan generalizado, o al menos en el momento del nacimiento del periódico no se presagiaba un porvenir halagüeño; según los versos de Ricardo Carrasquilla, quien soñaba con poder vivir de “los productos del Mosaico”, lo más probable es que esos productos terminaran sirviendo de envoltura:

23. *Ibíd.*
 24. Según ese censo, aparecen 77 hombres y 5 mujeres en la categoría de literatos; véase tabla 12 del *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1970.
 25. “Historia de la semana”, en *El Mosaico*, núm. 18, 23 de abril de 1859, pág. 139.

*Malditos los especieros,
 boticarios i pulperos,*

*que profanan, ¡ay de mí!
mis mejores producciones,
envolviendo camarones,
ungüento blanco i maní*²⁶.

Buena parte de la historia de El Mosaico encierra esta puja fallida por obtener el estatuto diferenciador y prestigioso del escritor profesional. Todavía no es posible arriesgar una afirmación definitiva acerca de sus logros; pero sí puede decirse que mediante esta publicación y otras afines se fue conformando en aquella época un cuerpo de prensa especializada en lo literario. Además, se conformó y educó un público, se consolidaron espacios propios de socialización de la literatura y se erigieron unas autoridades reconocidas por los jóvenes creadores y por el público que atendía el magisterio de esa mezcla de crítica y censura que oficiaron los *mosaicos*. Gracias a ese periódico y durante su existencia hubo una expansión significativa de la producción literaria hasta su configuración institucional en la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua, así fuera esta institucionalización una expresión conservadora y católica de lo literario, por la vía de dos discípulos de los jesuitas —Borda y Vergara, principalmente— aferrados a la tradición cultural hispánica y a una impositiva función moralizante de las obras literarias. Tampoco es despreciable hablar de una posible formación autónoma del campo literario; al menos fue muy evidente su diferenciación con otros campos artísticos, como la música y la pintura, según una disquisición de Borda; a eso se une la explicitación de unas reglas de lo bello (aunque se le agregaran aquellas que indicaban lo moralmente bueno y religiosamente cristiano); luego la escritura de lo que se consideraba la historia de lo literario (aunque estuviese articulada por un discurso reivindicatorio de lo eclesiástico). Sólo la subordinación de estos esfuerzos de autonomía ante la dominante esfera de lo político-religioso impide pensar que aquellos años de El Mosaico hayan correspondido con la nítida y definitiva separación de la literatura como un universo regido por sus propias leyes.

EPILOGO: “LE ROI EST MORT! VIVE LE ROI!”

El 5 de marzo de 1872, El Mosaico anunciaba, para beneplácito de la “modestia republicana”, que ya habían llegado a Honda los anhelados espejos de cuerpo entero que iban a adornar los salones y habitaciones del Capitolio. Cinco días después moriría José María Vergara y Vergara dejando a sus hijos en la completa pobreza. La vida de los huérfanos quedaba expuesta a los gestos de bondad de los amigos de Vergara. José Joaquín Borda se dio a la tarea de publicar sus escritos no solamente con el fin de tributarle un homenaje al extinto escritor, sino también porque parecía apremiante ayudar a los hijos del fundador de El Mosaico: “...hemos hecho esfuerzos incesantes, pero también inútiles, a fin de que se publiquen algunas obras. Con esto se obtendrían tres resultados: 1.º Se podría dar algún auxilio a los huérfanos de Vergara; 2.º Se podría obtener alguna utilidad pecuniaria; 3.º Se haría un servicio, y muy grande, a la literatura colombiana”²⁷. El año 1872 fue un año de muertos solemnes; a la lista mortuoria a que pertenece el autor de las *Tres tazas* es necesario agregar los nombres del general Pedro Alcántara Herrán, del ex presidente Manuel María Mallarino, del escritor antioqueño Gregorio Gutiérrez González y de alguien muy cercano a la vida de El Mosaico y a la historia del periodismo colombiano, José Antonio Cualla, “uno de nuestros patriarcas en el arte tipográfico”, según la necrología publicada en el periódico.

26. Ricardo Carrasquilla, “Suerte de mis versos”, en El Mosaico, núm. 2, 1 de enero de 1859, pág. 12.

27. “Variedades”, en El Mosaico, núm. 36, 24 de septiembre de 1872, pág. 281

Seis meses después de la muerte de Vergara, José Joaquín Borda anunciaba otra defunción: la del mismo periódico que había fundado su amigo. Moría El Mosaico dejando sucesor, señalando continuidad mediante una sociedad literaria que adoptaba como su nuevo órgano de difusión a El Eco Literario: “Ahora, *vive le Roi!* Sí, amigos míos, sobre la tumba del *Mosaico* se alza, rico en vida y juventud, El eco literario”. La muerte de El Mosaico no aparecía, pues, como simple consecuencia de la muerte de su más notorio redactor; también podría comprenderse como un homenaje a quien le debió su existencia. Con la desaparición de Vergara se consideraba cerrado un ciclo, y era el momento de iniciar otro. Por lo pronto bastaba, según la sugerencia, casi súplica, de Borda, de que el extinto periódico literario “viva en vuestros estantes, bien empastado, bien cuidado, bien leído y releído”.